



Juan José Molina León

SECUESTRO

EN LA

— PANDEMIA —

© 2021, Juan José Molina León

© 2021, Alexia Editorial, S. L.

Segunda edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-121496-9-2

Depósito Legal: M-9265-2021

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Dedicado a mis padres, Paco y Nani

PRIMERA PARTE

PRESENTACIÓN

Todavía tiemblo cuando recuerdo lo que voy a contar.

Hace ocho meses secuestraron a mi padre, Aran Rilkus, justo un día antes de que nos confinaran en casa por la extensión de un virus, el COVID-19, con miles de muertos en España y en el mundo.

Me llamo Jaime Rilkus Moyano. Tengo trece años recién cumplidos. Vivo en Belmez, un pueblo en el corazón del Valle del Guadiato, en Córdoba. El médico que me atiende desde lo del secuestro me ha animado a escribir todo lo que recuerde. Me dice que tengo que sacarlo de dentro, que tengo que vaciarme.

Quizá quien lea estas páginas quiera saber enseguida cómo y por qué secuestraron a mi padre.

Soy incapaz de hacerlo sin anestesia. Vaciar todo lo malo que hay en mi cabeza no me sale si antes no cuento las cosas agradables y normales que han ocurrido en mi vida, cosas a las que me agarro cuando vienen los fantasmas.

Voy a retroceder unos meses, a cuando éramos una familia normal en una localidad sencilla y mis preocupaciones casi no existían.

Quiero escribir sobre mis padres, mis mejores amigos, la belleza de mi pueblo, el instituto y sus profesores, los sueños infantiles y normales de un niño que vivía despreocupado y feliz en su pequeña burbuja...

Mi escrito lo ha revisado mi profesora de Lengua, Sara. Me ha corregido muchas cosas. Dice que así está mejor. Le doy las gracias por acompañarme en estos momentos tan duros.

Luego dejaré que sea mi madre quien os cuente su versión.

También he rescatado el cuaderno que mi padre escribió durante su cautiverio, así como las notas del guardia civil que se hizo cargo de la investigación.

Para empezar, os diré que la maldita noche del viernes 13 de marzo de 2020, en medio de la tranquilidad de una oscuridad estrellada, el corazón se me partió.

CAPÍTULO 1

FUERZA Y HONOR

—¡Atentos todos! ¡Atacarán en cualquier momento! ¡Fuerza y honor, mis soldados! ¡Defendamos nuestro castillo y nuestro pueblo con la vida, si es necesario!

La voz ronca de Luis, el más alto de todos nosotros, nos hacía meternos en la escena. Estábamos acurrucados con nuestros palos tras unos arbustos, a los pies del castillo de Belmez.

Solo se oían nuestras respiraciones. Alcé la vista y vi varios cernícalos sobrevolando el cielo límpido de esa tarde del mes de junio. Roqueros solitarios hacían sus piruetas en el aire y no nos hacían ni caso. Los vencejos reales aullaban una y otra vez con su característico cantar, volando por entre las

piedras calizas, las grietas y las fuertes pendientes del cortado.

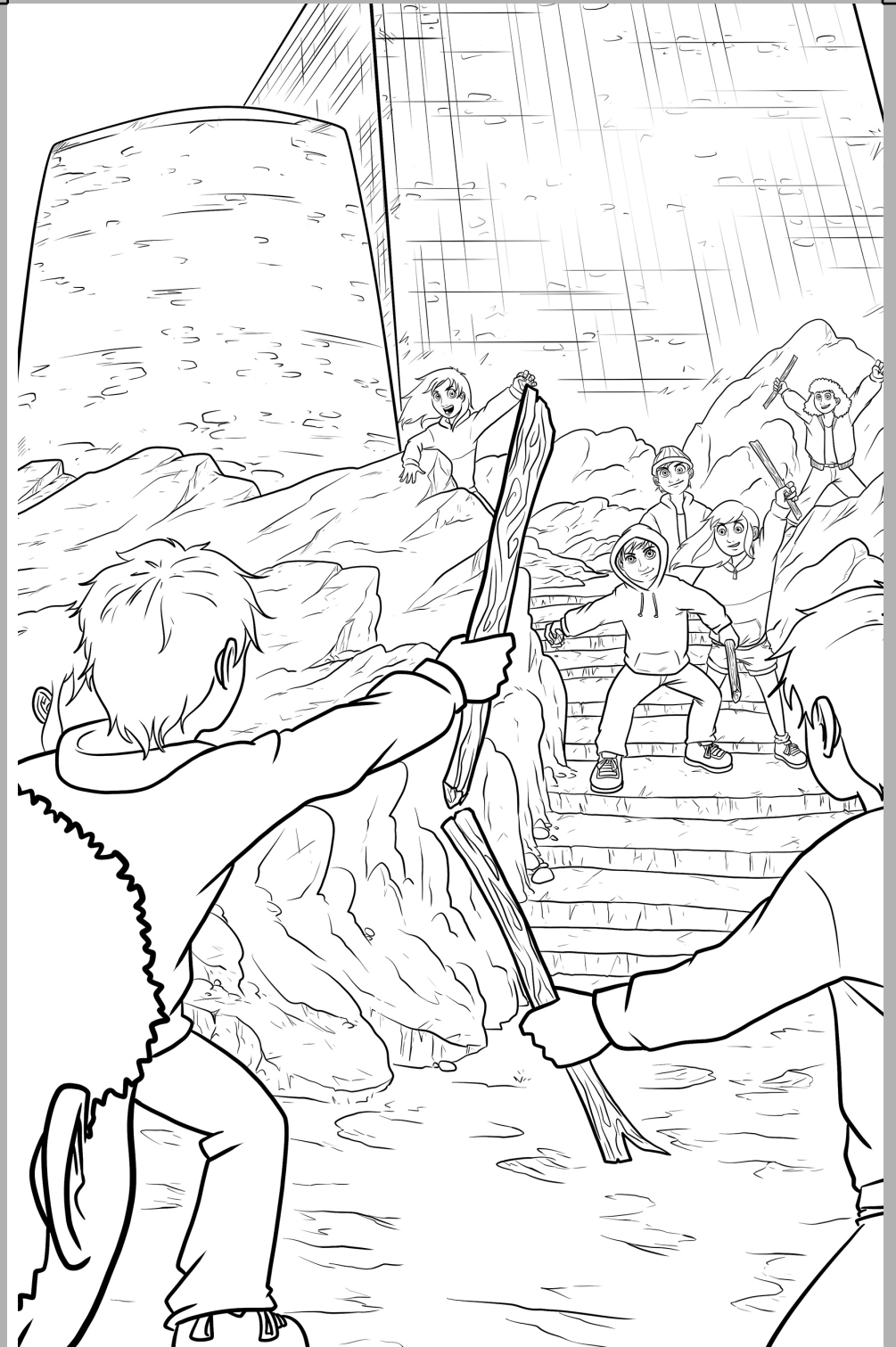
Siempre me había gustado contemplar las aves. Me quedaba embobado mirándolas.

Pedro se tiró un eructo. Nos partimos de risa.

—¡Eres un cerdo, *Bombilla!* Cuando terminemos esto te vas a enterar.

Cualquier mayor que observara la escena vería dos grupos de cinco mocosos, jugando a las batallitas. Pero nosotros éramos un escuadrón de combate que venía a liberar su castillo de los invasores franceses, tal como nos habían contado tantas veces en clase. Mientras que a los ojos del resto de los mortales solo eran palos recogidos del campo, a los nuestros eran espadas forjadas con el mejor de los aceros. Nuestra ropa de deporte, sucia y descosida, era el uniforme glorioso de unos valientes que iban a darlo todo por sus seres más queridos.

A unos metros, al inicio de la escalera que sube a la imponente fortaleza, nuestros enemigos se preparaban para el ataque, unos sucios bandidos



franchutes que se habían hecho con nuestro baluarte. Su posición elevada les daba ventaja. Ellos eran los malos y nosotros los buenos, y por eso (solo por eso) íbamos a darles su merecido.

Una piedra, lanzada por alguno de los de arriba, pasó rozándome la oreja.

—¡A por ellos! ¡Muerte a los invasores!

Y salimos de nuestro arbusto, gritando como condenados y agitando al aire nuestros palos. Los enemigos respondieron a nuestra acometida con una lluvia de piedras mientras aullaban como lobos hambrientos.

Al principio, solo noté el golpe. Así que seguí hacia arriba, jadeando y apretando los dientes. Hasta que, de repente, todo empezó a moverse de un lado para otro. Lo primero que recuerdo es un manchón de sangre en mi camiseta; lo siguiente, las caras de todos mis amigos rodeándome.

—¿Jaime, estás bien? —la voz suplicante de Jorge llegó a mi conciencia con un hilillo de voz.

—¡Eres un bestia, Jorge! ¿Te crees bin Laden o qué? ¿Cómo se te ocurre? ¡Le podías haber ma-

tado! —Luis le dio una colleja a Jorge. Es lo que tiene ser el más alto.

Me llevé las manos a la cabeza, que me empezaba a doler un montón. Instintivamente, me las llevé después a la cara. Los ojos me empezaron a escocer. Estaba sangrando mucho, y encima me estaba embadurnando la cara con mi propia sangre. Mareado como me encontraba, cuando me intenté incorporar de nuevo, todo se tambaleó otra vez.

David se quitó la camiseta del Córdoba y me la puso como venda en la cabeza. Le gustaba que le vieran su torso desnudo, porque lucía unos buenos abdominales. Sobre todo, le encantaba ir por las calles del pueblo sin camiseta y que le vieran las niñas. Le llamábamos *CR7*.

Acababan de terminar las clases. Estábamos en junio de 2019. Celebrábamos que ya éramos mayores: ¡el curso que viene empezaríamos 1º de ESO en el Instituto José Alcántara!

Entre todos, me pusieron lentamente de pie. Luis y David me llevaron a casa. Los demás, nos siguieron con rostro compungido. Yo debía de tener

una pinta lamentable. Caminaba con los ojos cerrados, porque cada vez que los abría me entraba otra vez el mareo. Parecíamos una cofradía.

—¿Jaime, me perdonas? —Jorge era el más *sentío* de la pandilla. Enseguida se ponía a llorar por cualquier cosa.

—Sí, Jorge. No pasa nada. Es la guerra.

—Pero, niños, ¿qué habéis hecho?

Reconocí enseguida la voz de Manuela, una de las amigas de mi madre. Se iba a liar una buena. Yo puse cara de cordero degollado y, con los ojos todavía cerrados, me dispuse a ser conducido por mis amigos a la matanza. Porque sabía que mi madre me iba a castigar.

Pero ni papá ni mamá estaban en casa. Entramos con mis llaves y me dejaron en el sofá del salón. Jorge salió disparado al *Día* de la calle Santo, que es donde trabajaba mi madre como cajera.

No sé cuánto tiempo pasó, pero oí los pasos rápidos de mi madre al entrar en casa. Vino directa hacia mí.

—¡Jaime! ¿Qué ha pasado?

Con el uniforme de trabajo, mi madre estaba aún más guapa. Se recogía el pelo castaño en una coleta de caballo. Sus ojos verdes me escrutaban. Me quitó la camiseta de David y vio la brecha. Cogió el móvil y llamó a papá. A los diez minutos escuché su coche. Cuando me vio en tan lamentable estado, sin decir nada, me cogió entre sus brazos y me llevó al coche.

Los brazos de papá eran fuertes. Tenía unas manos que eran el doble que las mías. Noté su cariño y su delicadeza al meterme en el automóvil. Salimos zumbando hacia el hospital.

Cuatro puntos de sutura, una buena venda en la cabeza (como la de los futbolistas en los partidos), una aspirina y a la cama.

Mamá me metió en ella con infinita ternura y me besó. Me encanta que mi madre me bese en casa (pero no que lo haga delante de mis amigos). Ellos no me preguntaron nada. Supuse que Jorge, entre lagrimones, les había contado lo que había pasado.

Mientras oía las voces de mis padres en la cocina me sumí en un sueño intranquilo. La cabeza me

daba tumbos. Parecía que alguien se hubiera empeñado en tocar el tambor con ella. De repente, una lluvia de piedras cayó sobre mí. Y los roqueros solitarios, los cernícalos y los vencejos se burlaron de mí y se partieron de risa mientras iban y venían a mi cama y yo intentaba espantarlos. Una piedra gigante se me vino encima y di un grito de terror. Abrí los ojos. Mi madre estaba en la cabecera de la cama.

—Jaime, tranquilo. Has tenido una pesadilla.

Volví a cerrar los ojos. Mi madre tomó mi mano y me acarició suavemente. Entonces se puso a tararear esa copla que me cantaba cuando yo era pequeño y no me podía dormir. Con la voz de mi madre y la letra de esa canción me quedé dormido.

CAPÍTULO 2

UN PASEO CON PAPÁ

El médico me aconsejó unos días de reposo en casa, para que cerraran bien los puntos. ¡Vaya rollo! Pero la verdad es que tener una brecha en la cabeza tiene sus ventajas. Entre ellas, recibir visitas de tus amigos y que tu madre haga la vista gorda y puedas estar jugando al *Call of Duty* o al *Fortnite* sin que te lleves una bronca.

El primero que apareció fue Jorge. Estaba aún muy compungido por la pedrada, pero seguía sonriente como siempre. Es un *crack*. Su pelo negro rizado y su tez morena nos puso en bandeja que le llamáramos *el Moro*.

Él siempre encajaba con risa nuestros motes, y a veces te los devolvía con otros apelativos di-